

LA GUERRA CARLISTA

Repuso el cura austeramente, poniéndose una mano en el pecho:

—¡Tengo la espina aquí! La guerra se perderá por los generales.

—¿Habrá otro convenio?

—Habrá muchos convenios.

—¡También yo me muero con esa espina!

Y el viejo guerrillero dobló la cabeza como si en realidad fuese á morir.



XXVII

Santa Cruz había dispuesto que una parte de sus voluntarios, distribuida en parejas, vigilase las veredas del monte y los vados del río. Hecho ésto, bajó con su guardia de doce hombres á pedir raciones en los poblados de Belza, Urría y San Pedro de Olaz. Por aquellas labranzas, alquerías, molinos é iglesarios, estaban repartidos los setenta mozos que iban en pos de Don Pedro Mendía, y que comenzaban á mal sufrir el enojo de tantos días de paz. Sen-

LA GUERRA CARLISTA

tían renacer el tiempo de los romances viejos, oyendo el relato de las mujerucas que por las tardes les remendaban los ponchos, bajo la parra sin hojas. Eran aquellas las abuelas que parecen hermanas de los sarmientos. Encendidos los mozos con el recuerdo de la otra guerra, ardían como cirios votivos. Santa Cruz, avizorado y astuto, de todo se daba cuenta, é hizo que los suyos, mezclándose en los antiguos juegos, ágiles y fuertes, pudiesen hacer algún alarde de sus correrías mientras descansan bebiendo la sidra en el nocedal. Al mismo tiempo, por ganar la voluntad del cabecilla moribundo, enviaba á pedirle una orden para el alojo de la gente, aparentando que en toda aquella tierra no regia otro fuero que el de Don Pedro Mendia.

El Cura veló toda la noche esperando la llegada de sus confidentes. Acudían en rosario

GERIFALTES DE ANTAÑO

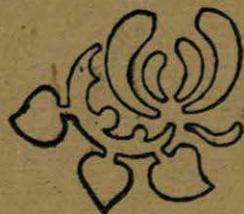
adonde quiera que ponía el real. Llegaban de todas partes y por todos los caminos, con las almas llenas de fe, como á una romería. Eran de muy varia laya: Aldeanas de gran refajo, que hablan con los brazos quietos y abiertos, asustados los ojos bajo el pelo tirante; graves labradores que vienen en su mula; algún mozo con capusay y larga vara; algún mendigo que duerme en los pajares; el loco que duerme en los caminos y habla con la sombra de las cosas; un leñador, un afilador, un ciego de romances, que hacen la vía para una feria; y la mujer del borracho, que al ir á la busca del marido escuchando por las puertas, se enteró y vino corriendo... Pero los que llegan siempre en mayor número, son los pastores. Viejos y niños zagales, como en las Adoraciones: Entre las pieles del zamarro traen una gracia de rocío y un bautismo lunar.

LA GUERRA CARLISTA

Santa Cruz oía todas las confidencias con la cabeza baja y sin hablar palabra. Oyéndolas parecía tranquilo, pero sentía revolar el pensamiento, con aquella violencia del pájaro que bate en lo oscuro. Paseando bajo los nogales del huerto, experimentaba una gran amargura sabiéndose cercado por los batallones carlistas, que se concertaban con los republicanos para prenderle y matarle. Su vida y su campaña se le aparecían claras y fuertes, sujetas á la pauta de la conciencia. Las torturas, los incendios, las muertes, eran males de la guerra, no pecados del hombre. Él había salido de su iglesia puro y con las manos inocentes. Jamás había tomado venganza de los enemigos ni derramado sangre mientras fué pastor que guiaba un rebaño de almas. Ahora sentía una gran inquietud mística, y arrodillado en la sombra de los nogales, re-

GERIFALTES DE ANTAÑO

zaba con los brazos abiertos. En aquella oración, ardiente se fortalecía para seguir en la guerra y hacer frente á todos los enemigos. Salía mejor armado, con el alma fuerte y resplandeciente, dispuesto á pasar entre las foces enemigas como el acero de una hoz.





XXVIII

El Cura Santa Cruz, despedido el último confidente en la cancela del huerto, se volvió despacio, mirando receloso bajo la sombra de los manzanos donde ladraban tres perros atados con cadenas. Había luz en una ventana del piso alto. Recogido en la cocina del caserío, al amor de la lumbre, oía los gritos con que en el sobrado dolíase Don Pedro Mendía. Se levantó cauteloso y subió la escalera, sin despertar á la dueña que sentada en el primer peldaño, ador-

LA GUERRA CARLISTA

meceía con el gato en la falda. Santa Cruz se detuvo en la puerta de la sala donde el viejo guerrillero jadea dolido, postrado en el sillón. Tiene un libro de rezos entre las manos, y el candil que cuelga de la viga, pone sobre ellas un resplandor de oro pálido. El resto de la figura, arrugada y consumida, queda en la sombra. Murmura el Cura desde la puerta:

—¿No puede dormir, amigo Don Pedro?

—¡Dormir!... ¡Cuánto tiempo que no duermo!... El sueño es peor que la vigilia cuando está poblado de fantasmas. Hay un mozo de pocos años que yo hice matar por sospechas de que me vendía... Siempre se me aparece en el sueño y mana sangre del costado, como el Divino Jesús... Tú tampoco puedes dormir, ¡Cura de Hernialde, sientes hervir bajo la almohada las ollas de la sangre!

GERIFALTES DE ANTAÑO

Respondió muy firme Santa Cruz, inmóvil en el umbral de la puerta oscura:

—Yo, Señor Don Pedro, no duermo, porque quien manda soldados, no debe dormir. El buen capitán ha de ser como aquellas aves del Capitolio. ¡Semper Vigilans!

—¡Tú no eres hombre, sino fiera!

—Hombre soy y materia flaca, porque siento las tribulaciones y el sudor frío. Pero quisiera ser de piedra dura, como me dicen los enemigos y las monjas de la Corte del Rey. ¡Ay, quién pudiera ser clara roca de cristal, con la luz del alma y de la inteligencia para alabar á Dios!

Suspiró el viejo caballero con los ojos fijos en su libro de rezos:

—¡Clara como la roca de cristal es el agua, pero con el alma más benigna! ¿Tú la has visto correr? Es una vida. Agua yo la quisiera ser...

LA GUERRA CARLISTA

El agua tiene la misma virtud que las buenas obras y las palabras santas. De todas las cosas, es la que se reparte entre los hombres con más igualdad. Yo me muero de este mal tan triste, porque las partes del agua se descomponen dentro de mí y se hacen piedra. ¡El agua está en todas las cosas criadas y hasta en el centro de las rocas se encuentra!

Dijo el Cura contemplando la sombra del viejo:

—Y es una gracia lustral la que redime nuestro primer pecado.

Murmuró de pronto Don Pedro con una risa extraña:

—En esa puerta oscura, otras noches se pone un perro... Entra tú. ¿No quieres entrar?... ¡Tú rondas como el perro!

Repuso Santa Cruz con la voz oscura, como cerrada en niebla:

GERIFALTES DE ANTAÑO

—A los dos nos ronda la misma bestia flaca, lucida de ojos.

—¿Tú también le viste la cola en la sombra?

—Le sentí el aire frío, Don Pedro.

El viejo sonrió y quedó pensativo, dejando decir á los labios, como si pasase sobre ellos un eco lejano:

—¡Pecador de mí! ¡Pecador de mí!





XXIX

Don Pedro parecía muerto en el sillón. Ya no se quejaba, y la cabeza caída sobre el respaldo recibía, como las manos, el reflejo del candil. Era pálida y consumida, con la mitad de los pómulos temblando en un círculo de sombra, y en claro la frente y el perfil. Santa Cruz, inmóvil en la puerta, como guardándola, le miraba duro y obstinado:

—Amigo Don Pedro, haga por recobrar el habla.

LA GUERRA CARLISTA

El veterano no cambió de actitud:

—¡Quieres arrebatarme mi gente, y dejarme morir olvidado en este caserío!

Apremió el Cura:

—Don Pedro, estoy cercado, y con su gente me salvo. Para matarme, vienen en un acuerdo carlistas y republicanos. Don Pedro, hablando franco, estoy seguro que con su gente y sin su gente, yo me salvo, pero no quiero dejarle á Lizárraga la herencia de los setenta cachorros del más bravo león de Navarra: Es mucha herencia, amigo Don Pedro, y si usted no quiere entregármela ahora, yo quedaré aquí hasta que usted cierre los ojos.

Murmuró Don Pedro con apagado y compasivo desprecio:

—¡No eres generoso!

—¿Y es generosa su obstinación? O me cuesta

GERIFALTES DE ANTAÑO

caer prisionero en este caserío, ó me cuesta cien hombres. Porque Lizárraga se llevará la gente, Señor Don Pedro. El viejo se afirmó en el sillón con gran entereza, sobreponiéndose á los dolores de su mal:

—¡Ni tú, ni él!

El Cura le miró con fría lástima, recogiendo en sí mismo:

—Él sí, amigo Don Pedro. No viene con sólo treinta hombres, como Manuel Santa Cruz. Lizárraga tiene gente para hacerle fuerza, y se la hará.

Gimió el viejo con un estertor que le ahogaba:

—¡No me la hará!

—Como yo se la hubiera hecho, y se la haré si algún día puedo volver con toda mi gente. ¡Ya está emplazado, Señor Don Pedro!

Iba á salir, y le llamó el viejo, con la voz trémula:

LA GUERRA CARLISTA

—¿Qué dicen tus confidentes?

—Me dan por cercado... Adiós, Don Pedro, si caigo, cuente usted que acaba conmigo la guerra de partidas, la verdadera guerra.

Declaró muy afligido el viejo:

—¡La nuestra!

Y contestó recogido y apagado Santa Cruz:

—¿Por qué la traiciona si es la nuestra? ¡Me niega sus hombres para tenerlos en mando una hora más, y mañana vendrá por ellos un general del Rey. Así, una tras otra, se acabarán las partidas y acabaremos nosotros. Quedará la guerra de los generales de farsa que van con el Rey.

Se acercaba, y el moribundo le apartó con desvarío:

—¡No me acoses, verdugo! Te veo negro y con dos hileras de dientes blancos, como un

GERIFALTES DE ANTAÑO

mastín de la muerte. ¡No me acose más, mi señor el arcipreste, que canta en latín y cobra en romance!...

Le habló el Cura inclinándose á levantarle la cabeza y mirándole en los ojos turbios:

—¡Don Pedro, rece el Yo pecador!

El hidalgo cruzó las manos, obediente como un niño, y rezó balbuceando. Al terminar se quedó fijo en Santa Cruz, con los ojos cargados de tristeza:

—Si me tienes puesta la horca, huye, verdugo, y llévate la gente mía.

El Cura afirmó con la cabeza, y acabó su rezo santiguándose. Después preguntó sin mostrar agrado ni sorpresa:

—¿Podrá tenerse á la ventana para verlos desfilar?

Declaró Don Pedro:

LA GUERRA CARLISTA

—No, no podré. Que me dejen cavada la sepultura.

El Cura sonrió vagamente:

—Yo me la dejé cavada el día que salí de Hernialde.

Suspiró con gran ahogo Don Pedro:

—¡Te llevas setenta leones!

—¡Bien fieros los necesito!

Empezó á dolerse Don Pedro:

—¡Cuatro que me caven la sepultura! ¡Cuatro que vengan y me metan en ella! ¡Señor, acelérame esta vida ya tan corta!

Quedó inmóvil, con las manos en cruz. Fuera cantaban los gallos, y en la ventana estaba el día. Santa Cruz la abrió de par en par, miró al campo, y estuvo breves momentos silbando un aire de la montaña. Salió murmurando:

—¡Ya llega nuestra gente!

GERIFALTES DE ANTAÑO

El viejo guerrillero, con el libro de rezos entre las manos, estaba atento al rumor de pasos y armas con que los voluntarios se juntaban en torno de la casa. Reconocía las voces cuando algunos subían por la escalera para darle un adiós. Entraban con los fusiles y sin quitarse las boinas, pero se arrodillaban para besarle las manos. Los rostros melados, las frentes anchas, los ojos de un alegre brio, todos tenían una apariencia de hermandad campesina, como esas cuadrillas de segadores que devoran el pan moreno á la sombra de un camino. Ninguno mostraba duelo por dejarle, que era mayor en todos el afán de la guerra. Muchos le decían:

—¡Aún nos veremos, Don Pedro!

Pero aquel hidalgo antiguo, respondía con la querrela noble y austera de un santo rey á sus vasallos fieles:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Otra vez nos veremos, si es voluntad de Dios! ¡Otra vez, pero no será en esta vida!

Y algunos replicaban con alegre ahinco:

—¡Don Pedro, sea lo que disponga Dios!

El viejo, afirmando con la cabeza, les hacía la recomendación de que fuesen valientes, y ellos reían mirando los fusiles:

—¡Como á su lado, Don Pedro!

—¡Buen capitán lleváis!

Alguno afirmaba requiriéndose la boina:

—¡De no estar con usted, con él!

—Andad, hijos míos, y rezadme un padre-nuestro por el alma.

Los voluntarios le besaban la mano: El moribundo, alguna vez, les daba los brazos y los veía partir con una pena desolada que sabía ocultar. El rumor de armas y voces al formar los voluntarios bajo la ventana, le parecía os-

GERIFALTES DE ANTAÑO

curo y lejano como rumor de mar. Su pensamiento y su voluntad se desvanecían en él perdidos como en el hueco de una cueva. El moribundo comenzó á ver sombras lejanas, perfiles desvanecidos de la juventud y de la infancia. Santa Cruz subió el último al sobrado y lo encontró ya frío en su sillón, muerto de aquel triste mal de piedra.





XXX

Llovía menudo y ligero en aquella fertil tierra del Baztán. Era una cortina gris, que á los prados húmedos, tendidos detrás, daba un reflejo de naranja, agrio como una desafinación de violín. Con aquel reflejo, sol anaranjado, armonizaban extrañas las cornetas militares tocando diana. Era agresiva la clara voz del metal en la paz aldeana y religiosa del valle, con campanarios entre arboleda y caserío, con rebaños de vacas marchando bajo los castaños ó meti-

LA GUERRA CARLISTA

das por los herbales. En el puente de Elizondo, y todo á lo largo de la carretera, formaba una compañía de cazadores, entre el són de las cornetas y las voces de los sargentos. Los oficiales, caladas las capuchas de los impermeables y las polainas manchadas de barro, estaban guarecidos bajo el balcón, pintado de añil, de una casa nueva, donde había taberna. De tiempo en tiempo, asomaba un hombre, que en una bandeja traía vasos de aguardiente para los oficiales. Era el tabernero, tripudo y risueño, lleno de recuerdos de sus viajes á las Islas de Ultramar. Un Sileno con chaleco de bayetón colorado y faja azul, mal ceñida, que al hablar de las Islas hablaba siempre de la canela y de la hoja del tabaco. El capitán que mandaba la fuerza, le dió un cigarro. El tabernero encendió, usando un yesquero de plata, y ufano de

GERIFALTES DE ANTAÑO

lucirlo, ofreció fuego á todos los oficiales. Humeando el cigarro, preguntó:

—¿Al fin cae Santa Cruz?

Los oficiales se miraron, y el capitán repuso entre dientes:

—¡Esas cosas, en tanto no se realizan!...

El tabernero guiñó un ojo:

—¡Me parece que ahora!

Recogió los vasos, y entró en la taberna para servir á cuatro sargentos que esperaban en la puerta. Les puso los vasos alineados sobre el mostrador, y llamó con una voz:

—Pasen, señores militares.

Al acercarse los sargentos, repitió la pregunta:

—¿Al fin cae Santa Cruz?

Repuso con enojo un viejo, limpiándose los bigotes con su pañuelo á cuadros azules:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Si no cayó, ya no cae!

Insistió el tabernero:

—¿Tendrá pena de la vida?

Repuso el mismo sargento viejo:

—¡Siete penas de la vida!

Fuera, al abrigo del balcón pintado de añil, discutían los oficiales. Por un alto de la carretera aparecía un coche tirado por mulas, llenas de cascabeles, y el grupo de oficiales saludó militarmente á los que iban dentro, envueltos en mantas y capotes. Los sargentos acudieron á la puerta. Uno dijo:

—Ya tenemos nuevo general.

Y otro replicó:

—Todo sale cierto.

Pagaron y se volvieron á las filas, con lentitud de gente descontenta. Los oficiales se aprestaban calándose los guantes. Decía el teniente Velasco:

GERIFALTES DE ANTAÑO

—Se confirma la llegada del general Venegas. ¿Se confirmará también el relevo del general España?

Repuso el teniente Nicéforo:

—¡Por confirmado!

Carmelo Nicéforo era sobrino del jefe de Estado Mayor. El capitán García, al oírle, se sopló las barbas pontificales:

—¿Usted lo sabe, Nicéforo?

El teniente se distrajo haciendo seña al tabernero que estaba en la puerta:

—¡Otra ronda, Don Baldomero!

La compañía se formaba despacio en la carretera. Muchos soldados se rezagaban: Venían por el fondo de las calles corcovadas, salían de los postigos, con el fusil al hombro, doblando el cuerpo para no tropezar en el dintel. Llegaban todos con el aliento corto y vivo, encendidos por

LA GUERRA CARLISTA

el aire de llovizna. Se juntaban en grupos, antes de ponerse en fila, y concertados, se dirigían á una taberna que estaba en frente al parador de los oficiales. Los veteranos se distinguían de los bisoños por el aire más despierto y sagaz, pero todos tenían el mismo talante marcial, aplastados como tortugas bajo las mochilas, y sacando el brillo de los ojos entre la carrillera y la visera del ros. Las cornetas iniciaban el último toque. El capitán dió la mano á los tenientes. Fueron los tres á sus puestos, y comenzaron las voces de mando. Se oyó como un aletazo el rumor de los fusiles al ser alzados y puestos en descanso. El cacareo de un toque y el són de la marcha.



XXXI

Como el camino es llano y todo el campo descubierta, el capitán y los tenientes se han reunido entre la primera y segunda sección, para seguir hablando. Decía Carmelo Nicéforo:

—¡Por confirmado el relevo del general España!

El teniente Velasco manifestaba alguna duda moviendo la cabeza:

—¿Y le sustituye el brigadier Venegas?

—En estos primeros momentos, parece que sí.

LA GUERRA CARLISTA

Entre amistoso y grave, le tocó en el hombro el capitán García:

—Vuelvo á preguntarle si usted lo sabe, Nicéforo...

—¿Cree usted que lo sé, mi capitán?

Murmuró García:

—¡Hombre, yo!...

—Pues, aquello que usted crea, aquello es.

—Yo me atengo á la orden que llevo... No sé más, ni quiero saberlo.

Declaró el teniente Velasco:

—Si para hablar como amigos nos encerramos dentro de la Ordenanza.

Repuso García, abriendo los ojos mansos como los de un buey trabajador:

—Señores, yo sé lo que ustedes quieran decirme, más no. Las instrucciones secretas que me haya comunicado el general han caído en

GERIFALTES DE ANTAÑO

una tumba. ¿Hablemos, pues, de lo que saben ustedes?

Murmuró Nicéforo:

—Creo que todos sabemos lo mismo...

Preguntó Velasco:

—¿El relevo del general España?

—El relevo y las causas.

—Las causas yo todavía no me las explico.

Declaró el capitán soplándose las barbas:

—Usted está en lo cierto, teniente Velasco.

—¡Yo estoy en la duda, mi capitán!

—La duda es lo cierto.

Los tenientes se miraron y sonrieron. Insistió Carmelo Nicéforo:

—A cualquier cosa que yo dijese, ustedes le atribuirían un valor que no tiene. Pondrían debajo el nombre de mi tío, que como jefe del Estado Mayor...

LA GUERRA CARLISTA

El otro teniente tiró varias veces del cigarro:

—De las tonterías que aquí hablemos, no puede ser responsable tu tío, el coronel Arias.

García aprobó, metiendo la cabeza en el pecho:

—¡Cierto! ¡Muy bien dicho!

Aún insistió Nicéforo:

—Todo va á mi cuenta... Pues el general ha sido relevado por aceptar la proposición de los carlistas para perseguir á Santa Cruz.

Dijo muy solemne García:

—¡Ha caído como una inocente codorniz! ¡Yo declaro que hubiera caído lo mismo!

Carmelo Nicéforo continuó explicando:

—Una falta imperdonable. Si los carlistas quieren fusilarlo, será porque les hace daño. ¡En Madrid es donde han visto claro!

Sonrió García con patrio orgullo:

GERIFALTES DE ANTAÑO

—¡Buena gente hay allí! Castelar, que está reputado como la primera cabeza del mundo.

Contrapuso Velasco, con el gesto del mercader honrado que pone la balanza en el fiel:

—La primera no, una de las primeras.

El capitán se mostro conciliador:

—¡Conformes! Una de las primeras cabezas del mundo.

Carmelo Nicéforo guiñaba un ojo, socarrón:

—Las cabezas hay que tomarlas á cala. La cala es el tiempo... Ya veremos lo que deja detrás. En este negocio de Santa Cruz, ha visto lo que hemos visto todos.

Replicó Velasco:

—¡Aquí!... Pero allá es más difícil hacerse cargo.

—¡Más fácil! A distancia, ciertas cosas se comprenden mejor. Es como si hubiese pasado

LA GUERRA CARLISTA

tiempo. Por lo demás, en este asunto hay muchos hilos que nosotros desconocemos.

Declaró ingenuamente Velasco:

—¡Yo, todos!

—Yo también. Pero se confirma en cierto modo aquello que decía una noche el Duque de Ordax: Santa Cruz, es nuestro mejor aliado. Por perseguirle se releva al general España...

Carmelo Nicéforo dejó el aliento en suspenso, é inquirió Velasco:

—¿El relevo y qué otra cosa?

Se decidió á decirlo sacudiendo la ceniza del cigarro:

—La retirada de las fuerzas que tiene el coronel Guevara. Se le enviaron dos correos, y ahora vamos nosotros con la tercera orden.

Preguntó asombrado Velasco:

—¿Es la orden que llevamos?

GERIFALTES DE ANTAÑO

Y miró al capitán con dolor y sorpresa. Gil García apartó los ojos enrojeciendo, y comentó Nicéforo con una risa amarga y feroz:

—En Madrid hay cabezas, pero no hay lo demás que hace falta para ser hombre. Crea usted, mi capitán, que nos han dado una comisión bien desgraciada.

Gritó Gil García con impetu, puesta una mano en el pecho:

—¿Quieren ustedes que la renunciemos? ¿Quieren ustedes que vayamos ánte el general? Ordenaré la vuelta. Yo estoy dispuesto á pasar toda mi vida en un castillo. Tampoco á mí me satisface la orden que voy á cumplir, pero el general me llamó y me habló al alma. Sépanlo ustedes, le va en ello el honor, lo más querido para un militar. Es preciso que la orden de retirada se cumpla inmediatamente, sin estrechar más al

LA GUERRA CARLISTA

Cura Santa Cruz. ¡Hay un secreto de Estado!...

El teniente Nicéforo hizo un gesto de fatiga:

—¡El pleito de los carlistas por la beligerancia! Un secreto á voces... Yo no diré que Santa Cruz sea nuestro aliado, pero lo parece...

Interrumpió el capitán García:

—Y parece que de conservarle ahora la vida, va la salvación de la República. Por eso, sabiendo mis ideas de libertad y de progreso, me ha llamado el general España.

Los dos tenientes levantaron los ojos tristes, graves, compasivos, ante la buena fe del capitán. Y los tres, como en un tácito acuerdo, tiraban de los cigarros, muy cavilosos, mirando á los soldados.



XXXII

Santa Cruz pasó los puertos de Arga y Arguiña. Allí, reunido con su gente, quiso burlar la persecución de republicanos y carlistas, haciendo grandes marchas nocturnas para que nunca supieran dónde estaba. Era artimaña suya: Con ella conseguía que no se concertasen para un movimiento envolvente, los republicanos y el general Lizárraga. Santa Cruz esperaba vencerlos separadamente, cada uno en su vez. Pero la ocasión no se presentaba y crecía el